



**Antonio Flores**

## **Los gritos de Madrid**

«El buen paño en el arca se vende.»  
(Consejos de una madre recogida a  
una doncella que rabiaba porque algún  
hombre la recogiera.)

El que calla... no dice nada, y nunca con menos razón que ayer se ha podido pensar que el que calla otorga.

Ni los labradores de 1800, que nada decían al entrar las primicias de sus tierras al fraile que se las decomisaba en las eras, daban su otorgamiento al diezmo mayor, ni porque callaban al dar a los mismos benditos religiosos, y por vía de diezmos menores o minucias, la mejor porción de sus aves y de sus rebaños se puede decir que estaban conformes con aquella langosta cereal y pecuaria.

Tampoco los comerciantes decían esta boca es mía, al ver que la Cámara o el Tesoro Real decía esa hacienda es nuestra, declarando el todo o parte de sus géneros como propiedad sin dueño y que forzosamente había de dar en poder del fisco.

Tras de no hallar a la mano otro transporte que el que les ofrecían las naves extranjeras, pagaba una crecida suma al rey, y callaban ellos al

oír llamar regalía a lo que él regalaba muy a su pesar.

Hacíanle los votos pagar sendos tributos, y se contentaban con votar a sus solas, pero de manera que no les oyese ni el cuello de la camisa y siempre después de haber pagado.

No era, sin embargo, todo resignación ni toda virtud el silencio mercantil de antaño. Tampoco era temor a las mordazas del Santo Oficio y a la sala de Alcaldes, sino costumbre de callar; que la costumbre, tú, lector, lo sabes, la costumbre hace oficios de ley cuando éstas andan por las nubes.

El silencio y la reserva con que se hacía el comercio entonces es buena prueba de lo que decimos y de que antaño la raza mercantil no estaba sujeta a las enfermedades que hoy padece.

Hubiéranse desarrollado ayer las plagas de la abundancia y de la concurrencia, y el comercio de antaño habría, como el de hogaño, puesto el grito en los cielos.

Pero la plétora era una enfermedad poco conocida en las fábricas y enteramente ignorada en los almacenes, y la lanceta de la publicidad era excusada.

Decirle a un comerciante de antaño que anunciase al público la venta de sus géneros, habría sido peor que llamarle perro judío (ofensa gravísima entonces), y habría contestado de seguro:

-Pues qué, ¿mis géneros están averiados o podridos, que necesite pregonarlos para venderlos? No, señor, nada de eso: el buen paño en el arca se vende.

Y en el arca se vendía sin que ni el arca estuviese de muestra.

Para buscar un despacho de tal o cual género se necesita una guía, que no había por cierto, y al forastero que pensaba comprar alguna cosa en la corte le era indispensable valerse de prácticos que le dijese la calle en que se vendían los lienzos, los portales de la Plaza en que estaban los almacenes de paño, el barrio en que se albergaban los caldereros y los puntos que los demás gremios tenían señalados para el despacho de sus mercancías.

Pero aun estas noticias no eran suficientes para encontrar los géneros que se deseaban. Dábanla entonces las mercancías tan de recatadas y de honestas que se metían debajo de siete estados de tierra para no incitar con su desenvoltura el apetito del comprador.

Todas las tiendas ofrecían el mismo aspecto y en todas ellas parecía que se vendía una misma cosa, a pesar de que los gremios se vigilaban de tal modo que ningún comerciante era osado a tratar ni vender otra cosa que aquella por la que estaba matriculado.

Para escribir una carta era preciso buscar la tienda en que se vendía el papel, y allí preguntar si sabían dónde habría plumas, y luego indagar la casa en que se hallarían las obleas, y correr todo Madrid en busca de una botella de tinta, o llevar un frasquito a casa del tintorero para que, por favor, diese un poco de tinte negro o pardo, que para el caso era lo mismo.

Y decimos que era preciso andar de tienda en tienda preguntando si tenían el género que se quería comprar, porque lo mismo se parecía la lonja de sedas a la confitería, que ésta al almacén de paños y al despacho de lienzos.

Todas tenían una entrada sucia con unas puertas de madera virgen, claveteadas de hierro, y en el suelo el indispensable tragaluz de la cueva, y una estantería de pino en derredor de la habitación, y un mostrador de nogal, sobre el que hacía palotes el recién llegado mancebo de la tienda, y por último el indispensable retablito del santo patrón de la casa, que solía ser la Virgen del Carmen o San Antonio, con un par de velas que se encendían los sábados y el día en que al amo le había salido bien la cuenta.

Los mancebos mayores alternaban con el amo en el despacho, aunque no en la mesa, que él comía solo con su esposa y para los muchachos se ponía olla aparte; y no crean ustedes que olla podrida, sino los garbanzos y algunas cortezas de tocino y un poco de carnero. Y si al doblar los manteles era día de fiesta solemne, solía tocarles algún desperdicio del estofado de vaca con que se regalaba el amo. Los demás días los doblaban con un racimo de uvas o una rebanada de queso y un pedazo de pan, no muy grande ni muy tierno, porque, según decía el amo de la tienda, el mucho pan embrutece y cuando está reciente lastima la dentadura.

Mancebos tan regalados en la comida lo eran no menos en el vestir, cuyo aseo nunca permitió que la manga de la chaqueta barriese el mostrador, sino que se quedaba muy atrás de la muñeca, y la chupa no les alcanzaba nunca al estómago, y todo era parco y tímido, siéndolo tanto la capa, que jamás la vio ningún hortera sobre sus hombros.

Profetizando la flamante cadena magnética, iban a cuerpo gentil, cogidos por el dedo meñique, todos los domingos a ver las fieras en el real sitio del Buen Retiro o a jugar al trompo en la pradera de la Teja. Volvían a su casa dos horas antes de anochecer y allí rezaban el rosario con el amo, que como aún no se llamaba principal ni los mancebos dependientes, solía santiguarles la cara con un bofetón cada vez que se dormían y tomarse con ellos otras franquezas por el estilo, entre ellas la de tutearles, apostrofándolos con el expresivo dictado de bárbaros y de zoquetes y otras lindezas de los rudimentos mercantiles de aquella época.

El muchacho que hacía palotes barría la tienda y la calle, y llevaba el cesto cuando su amo iba a la compra, y echaba una mano y las dos, aunque tuviera sabañones, a las haciendas del ama, soplando los pucheros y fregando el vidriado.

La contabilidad en esas casas era muy sencilla y exenta de libros y de borradores.

Consistía en tener dos arcas de hierro, la una del capital para compra y reposición de géneros y la otra de las utilidades. En la primera, cada vez que el amo hacía pago de alguna letra o cosa por el estilo, echaba en el arca un papelito en el que tras la consabida señal de la cruz y con una ortografía deliciosa se leía lo siguiente: He sacado veinticinco doblones para pagar el azúcar. Lo mismo hacía con la segunda, de donde sacaba lo necesario para el gasto diario de la casa, y ponía otro papel que decía: He sacado de este talego una onza para el gasto del mes -más veinte reales para pagar el salario de la muchacha más dos pesos para Paco el mancebo -más cien reales por la limosna mensual a los Santos Lugares -más cuatro pesetas que saqué para la pedidera del Carmen -más tres ducados para el escapulario de la Merced y engarzar el rosario.

A la criada le daba además del salario dos cuartos para el almuerzo,

que recibía diariamente y en ochavos por mano del ama, que asimismo daba a los mancebos una onza de chocolate, que los más días comían cruda con un zoquete de pan. Y si preferían quedarse en ayunas, la guardaban en el cofre para hacer con ella un regalo a la novia.

Pero esto ocurría raras veces, porque los mancebos de las tiendas no se enamoraban ni sabían qué cosa era el amor hasta que ya eran amos, y como esta dignidad rara vez la adquirían sin esperar a que enviudara el ama para casarse con ella, no tenían que pensar en ser novios hasta después de haberse casado.

Eran honrados para con el amo, y mala cuenta les habría tenido no serlo, porque todos los días sufrían un escrupuloso registro que terminaba por aplicarles un soplamocos si les hallaban una sola pieza de dos cuartos en el bolsillo, despidiéndolos y pasando aviso a todas las tiendas del gremio en el caso de reincidencia.

He ahí lo que eran los mancebos de las tiendas antes de soñar en que algún día podían llegar a llamarse dependientes, y a comer en la fonda, y a bailar en el Ariel, y a vestir de manera que nadie al verlos el día de fiesta en la calle adivine que el resto de la semana son figuras de medio cuerpo las que con tanto lujo visten el cuerpo entero.

Pero dejemos a los horteras enseñando el busto detrás del mostrador y cerrando la puerta de la tienda a la hora de comer y a la de la siesta, y creyendo que no es su casa la que necesita vender, sino el público el que no puede dejar de ir a comprar, que harto le sacarán de su engañoso letargo los mercados extranjeros. Y puesto que ellos nada anuncian ni nada pregonan, figurémonos que nada tienen de venta y oigamos los gritos y las voces de los primeros paladines de la publicidad en 1800.

Oigamos los gritos del Madrid de ayer, los que pasaron a la posteridad en un pliego de aleluyas y en unos excelentes grabados, de que se ocupó nada menos que la calcografía de la Imprenta Real.

El librero era hombre que lo entendía y no anunciaba la venta de su género por medio de rótulos ni de carteles. Sabía que la generalidad de las gentes no tenían tratos con el abecedario, y se valía de la pintura para pregonar su comercio.

Unas fajas encarnadas y amarillas, que así parecían libros como ladrillos o libras de chocolate, pintadas en el quicio de la puerta, eran indicio seguro, de que la tienda lo era de librería. Si alguna vez ponía algún anuncio en el Diario, era de libros en latín o cosa de iglesia, porque harto sabía el librero que los curas no dejaban de saber leer y aun de leer algunos el Diario.

Los gritos de este periódico eran proporcionados a su estatura; se contentaba con anunciar todos los días pérdidas de rosarios y hallazgos de reliquias, sin que por las primeras ofreciesen retribución al que las entregara, ni entonasen un Tedeum porque el que se había hallado una cosa que no era suya quisiera restituirla a su legítimo dueño. Eran los anuncios de hallazgo muy frecuentes, y no estaban los hombres tan civilizados que se asombraran de la buena fe y de la honradez de sus semejantes.

También el sujeto instruido en el manejo de botica y que deseaba acomodarse en el ejercicio daba su grito en el Diario, y asimismo le daba el que se creía apto para el ejercicio de la pluma y el manejo de papeles,

manejadores que escaseaban mucho y cuya aparición era casi tenida por un milagro.

Los festeros y cofrades eran los únicos que gritaban muy alto, haciéndose oír en las esquinas por medio de carteles, en las plazas valiéndose de edictos y pregones y en las columnas del Diario reproduciendo el texto de los carteles.

También se pregonaba el sacerdote que, graduado in utroque, deseaba encargarse de la educación de uno o dos niños, instruyéndolos en alguna de ambas facultades o en la poesía. Estos anuncios eran muy frecuentes y tampoco escaseaban los de jóvenes que tenían nociones de latín y sabían ayudar a misa y, dar aire al órgano, solicitando entrar de sacristanes o monaguillos.

Finalmente, el fósforo, antes de ser prohibido por considerarse de ninguna, utilidad, dio algunos gritos en el Diario, anunciando que se vendía a veinte reales cada frasquito y que servía para sacar fuego de pronto.

Los tenderos de comestibles ponían el grito sobre la puerta de su casa por medio de un rótulo, en el que se leía con no poco trabajo: tienda de mercería, esto es, de cosas menudas.

El tintorero acudía, como el vendedor de libros, a los colores para exhalar sus ayes, y dos retazos de bayeta, uno amarillo y otro encarnado, que colgaba a la puerta indicaban que allí se teñía de todos colores, con no mucha fijeza de color por cierto. Pero de esto no tenían la culpa los quitamanchas y tintoreros, sino la química, que haciendo cuarentena en el lazareto del Santo Oficio, no pudo llegar a tiempo de darles algunos consejos.

Algunos otros industriales se valían de esa clase de anuncios, entre ellos el colchonero, que clavaba uno en la pared por vía de muestra; el zapatero de viejo, que con un trozo de bota y media chancla, atados a una caña de escoba, daba el grito a los que tuvieran necesidad de componer el calzado; el sillero, que colgaba en la pared un sofá, con gran riesgo de los que pasaban por la calle, y por último el prendero, cuyo pendón mercantil era un palo con un manojo de trapos en la punta.

La única exposición de la industria española era la que se tenía perpetua en el Rastro de todos los restos de las pasadas grandezas humanas, y que a la vez que procuraba grandes ganancias a los vendedores, era un excelente archivo histórico para los eruditos de la época.

Pero ninguno de esos satélites de la publicidad de 1800 pregonaba sus mercancías, como lo hacían los vendedores ambulantes, que eran los que formaban el verdadero comercio. Los que se habían anticipado, a reconocer que, aunque el paño sea bueno, para venderle es preciso sacarle del arca y enseñarle y pregonar su calidad y su baratura, éstos eran los únicos gritos mercantiles de antaño.

El sereno pasaba la noche gritando la hora para, que el hombre que dormía acudiese a tomar de balde el mejor y más productivo de los capitales, la mercancía más universal aún que el oro, con permiso de los economistas. Y cuanto más gritaba el sereno, menos caso hacían de sus voces ni menos se cuidaban de su mercancía.

Con el alba salían a la calle las buñoleras, mezclando su grito de ¡a ochavo y a cuarto calentitos! (y solían ir cubiertos de una capa de nieve)

con el del diligente valenciano que pregonaba el agua sebá, o con la ruda voz del serrano que vendía la leche de ovejas por medio de un grito convencional que nada decía, pero que nadie dejaba de entender.

Más tarde iban entrando por las puertas de la corte los foncarraleros, como manteca; los coloraos y frescos tomates; las judías como la seda (pero seda cristiana); el repollo como escarola; las manchegas y las gallegas, patatas de las huertas de Madrid; las calabatas a cuarto y tres en dos cuartos; los chorizos de Leganés (a cuyo grito se ponía el boticario a machacar cien quintales de quinta, y buscaba el médico la receta de las tercianas); los de a cala y a cala, y otra porción de frutas y verduras cuya venta estacional empezaba siempre con la licencia del corregidor, y así los gritos venían a ser el verdadero calendario de los pobres.

Sin que el termómetro empezase a bajar, no se permitía que las manolas diesen el grito de ca qui hay arveyanas nuevas, arveyanas... como la leche, arveyanas fresquitas, ni menos que el burro manchego entrase cargado de ruedos gritando ¿ruedo?, ni que el palentino pregonara las mantas de Palen... quedándosele siempre atragantada la sílaba final. Era preciso que el cuarenta de mayo estuviese próximo para que el gallardo fresero (de cuya existencia nada se volvía a saber en todo el año) pudiera atravesar las calles anunciando su mercancía, ni menos que los toledanos se diesen por maduritos si aún estaban por madurar, ni las garrafales de Toro y de Arenas y las mollaras, ni ninguna otra fruta, a cuyos primeros gritos también se consolaba el médico y se sonreía de gozo el boticario.

Cuando andaban los cebaos y gordos por las calles, ya se había que estaba cerca el nacimiento del Hijo de Dios; nadie ignoraba que era día de vigilia al oír pregonar la espinaca como albahaca, y los de Jarama vivitos, y para saber que había resucitado el Señor bastaba oír gritar ¡el medio cabrito!...

A esas voces estacionales se juntaba el i... qui... rabanú... reloj que marcaba perfectamente la hora, del mediodía, y otro grito que no cesaba en toda la mañana, diciendo: la sebera... ¿hay algo e sebo que vender?..., y el del hombre que compraba trapo y yerro viejo..., y el otro que decía ¡componer... tenajas y artesones... barreños, platos y fuentes!, grito que iba derecho a la conciencia de las fregatrices, pero más derecho aún al bolsillo de los amos; y ya se sabía que iba concluyendo la tarde cuando la aldeana de Fuencarral andaba de casa en casa diciendo: ¿quién me saca de güevera?

El amolaoor... tras del cual, por ser francés o parecerlo, solían ir siempre los muchachos gritándole aquello de «el carro español y el burro francés»; el ¡sarteneroo!; el santi boniti barati, cuyos santos solían ser algunos perros de yeso, o las cuatro partes del mundo, o cosa por el estilo; el rosariero, que iba engarzando rosarios y vendía ratoneras y jaulas para grillos, y otra multitud de voces que a todas horas estaban en el aire, y que no enumeramos por no ser molestos, eran los verdaderos gritos de Madrid.

Los únicos síntomas de la publicidad, que más tarde había de acudir a Gutenberg para no desgañitarse gritando, y cuyo hijo bastardo, el charlatanismo, no perdona hoy esquina, puerta, balcón ni ventana adonde no se asome para desquitarse de lo que dejó de gritar su madre.

El pliego de aleluyas que hemos citado antes y en el que estaban representados todos los gritos de Madrid de 1800, le hemos buscado con empeño y nos ha sido imposible hallarle.

La generación actual no quiere saber nada de la de ayer, y ha ahogado esos gritos, rompiendo por lo visto las láminas de madera que tanto dieron a ganar a la estampera que vivía en la plazuela del Gato.

¡Si quisiera Dios que hiciera lo mismo con otros resabios, verdaderamente nocivos, que la quedan aún y con otros que quiere adquirir de nuevo!

Pero no nos metamos en terreno vedado; ya se acerca la hora de pintar los cuadros de hoy, y allí podemos decir... lo que podamos, y aún tendremos que besar la mano y dar las gracias.

Pues qué, ¿se figuran ustedes que todas las vigiliyas y todas las abstinencias fueron de ayer!... ¡Qué disparate! Aún tenemos hoy muchos santos que nos hagan ayunar.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

